

● JOSÉ ROBERTO MENDIRICHACA

Rulfo usaba en sus relatos la psicología y el lenguaje del pueblo.
Jorge Ruffinelli

A propósito del centenario de nacimiento de Juan Rulfo (Apulco, San Gabriel, Jalisco 1917- Ciudad de México, 1986), quisiera en esta colaboración centrarme en el análisis del lenguaje utilizado por este escritor mexicano en su obra *El llano en llamas* (1953), específicamente los cuentos “Nos han dado la tierra”, “¡Diles que

no me maten!” y “No oyes ladrar los perros”. Voy a utilizar la edición de 2016 de la editorial RM y, para el análisis, voy a auxiliarme de algunas obras de consulta, que cito en las Referencias.

Deseo agradecer a Gerardo Gutiérrez Pérez (Jalostotitlán, Jalisco, 1935), compañero de estudios y actual sacerdote en la Basílica de Nuestra Señora del Roble en Monterrey, el cotejo de las expresiones populares de Rulfo: nombres, verbos y expresiones. Él fue campesino antes de ingresar al Seminario Arquidiocesano de Monterrey y por eso conoce este lenguaje.

“NOS HAN DADO LA TIERRA”

La temática del primero de los cuentos que integran este libro tiene que ver con la promesa agraria de la Revolución de dar tierra a los campesinos. Llegan los campesinos a la tierra asignada –El Llano– y se dan cuenta de que es un terreno pésimo para la siembra, además de que hace allí un calor endemoniado. Y cuando reclaman, los funcionarios piden que su demanda la hagan por escrito, porque “es al latifundio al que tienen que atacar, no al Gobierno que les da la tierra” (Rulfo, 2016: 10).

Acerca de El Llano y su resequeidad, escribe Juan Rulfo que no había sombra de árbol, ni semilla de árbol, “ni una raíz”; pero agrega: “ni una raíz *de nada*” (Rulfo, 2016: 7), lo cual vuelve reiterativa la expresión.

Respecto al grupo que se dirigía al Llano, escribe que eran veintitantos, pero que ahora son cuatro, que, ya sin caballos ni carabinas (posible alusión a la Guerra cristera), “*puñito a puñito* se han ido *desperdigando*” (Rulfo, 2016: 8). El “puñito a puñito”, diminutivo, muy mexicano, es del habla popular; el “desperdigar”, etimológicamente viene de las perdices, que se dispersan al sentir al cazador (García Hoz: 1995: 247). Gutiérrez cree que también es “irse acabando”.

“No hay nada. A no ser unos cuantos huizaches *trespeleques*” (Rulfo, 2016: 9). Regionalismo. Árboles pelones o con poco follaje. Gutiérrez dice que estos huizaches son “hediondos y espinosos”.

Las lagartijas “luego que sienten la *tatema* del sol corren a esconderse en la *sombrita* de una piedra” (Rulfo, 2016: 9). “Tatema”, mexicanismo sinónimo de calor, de quema. En náhuatl, “*Tlatemati*” significa “poner algo al fuego”. (Cabrera, 1992: 124). Nuevamente el uso del diminutivo en “sombra”.

“Porque a nosotros nos dieron esta costra de *tepetate* para que la sembráramos” (Rulfo, 2016: 9). “Tepetate”, tierra durísima, casi piedra; del náhuatl “*tepetlatl*”. Su etimología es: *tetl*, piedra, y *pétatl*, estera o capa. (Cabrera, 1992: 133 y Gómez, 2001: 221).

“Nosotros paramos la *jeta*” (Rulfo, 2016: 10). El sustantivo se refiere a las bestias, particularmente al cerdo, pero se aplica igualmente, despectiva o humorísticamente, a las personas con boca saliente o labios muy abultados (Casares, 1984: 490). Es del habla popular. Aquí significa que se molestaron con la oferta.

“Donde están [...] las *paraneras* y la tierra buena” (Rulfo, 2016: 10). Regionalismo que se refiere a comederos para el ganado. Otra posibilidad de “paraneras” es que sean los límites de la propiedad, muchas veces no señalados con cerca o piedras. Gutiérrez los llama también “tragaderos”.

“Pero no hay agua. Ni siquiera para hacer un *buche* hay agua” (Rulfo, 2016: 10). Casares define “buche” como “porción de líquido que cabe en la boca” (1984: 125).

“Y en este *comal* acalorado quieren que sembremos semillas de algo” (Rulfo, 2016: 11). Expresión sarcástica. “Comal” es un aztequismo. Viene de “*comalli*” o disco de barro cocido o de metal que se usa para cocer las tortillas y otros productos, poniéndolo sobre los *tenamxtles* (piedras) que integran el *tecuil* (fogón) (Cabrera, 1992: 50 y Gómez, 2001: 57). Aunque existe Comala, en Colima, el nombre de Comala, en Rulfo, es posiblemente imaginario y puede tener asociación con el calor del lugar.

“Donde nada se mueve y por donde uno camina como *reculando*” (Rulfo, 2016: 11). “Cejar” o “retroceder” (Casares, 1984: 712).

“Oye, Teban, ¿dónde *pepenaste* esa gallina? ¿Dónde la *mercaste*, eh?” (Rulfo, 2016: 11). “Teban” es apócope de Esteban. “Pepenar” es mexicanismo de tomar, coger, apropiarse de algo; en náhuatl, “pepena” es “recoger” (García Hoz, 1995: 470 y Gómez, 2001: 171). “Mercar” es comprar; arcaísmo, habla popular.

“Entonces te la trajiste de *bastimento*, ¿no?” (Rulfo, 2016: 12). La palabra es muy castiza: “provisión para sustento”. Aquí viene a ser un arcaísmo (Casares, 1984: 102).

“Se ve que ha agarrado a la gallina con las patas y la *zangolotea* a cada rato, para no golpearle la cabeza contra las piedras” (Rulfo, 2016: 12). Es verbo castellano, aunque con cierta fuerza onomatopéyica.

“Por encima del río, sobre las copas verdes de las casuarinas, vuelan parvadas de *chachalacas* verdes [...]” (Rulfo, 2016: 12). Viene de “*chachalacatl*”, “recio al hablar”, en Gómez (2001:40); o “*chachalacatl*”, “cierto pájaro”, en Cabrera (1992: 61). Casares señala que es “una especie de gallina de Méjico, sin cresta ni barbas, de carne delicada y sabrosa; fig.: ‘persona muy habladora’, muy parlanchina” (Casares, 1984:248).

“Y es que el viento que viene del pueblo *retacha* en la barranca y la llena de todos sus ruidos” (Rulfo, 2016: 12). “Retacha” se refiere a “devolver”. (Real Academia Española, 2001: s. p.) Se devuelve, rebota.

“Le desata las patas para desentumecerla, y luego él y su gallina desaparecen detrás de unos *tepemezquites*” (Rulfo, 2016: 12). Cabrera indica que “*tepe*” es “cerro” (1992: 93) y “*mezquite*”, “árbol de la familia de las leguminosas [...]”. Es uno de los árboles más extendidos en las altiplanicies mexicanas, de un gran número de variedades: amarillo, colorado, blanco, chino, etc. Martínez lista 10 variedades de mezquite” (Cabrera, 1992: 131).

“DILES QUE NO ME MATEN”

La temática de “Diles que no me maten” obedece a una venganza. Juvencio Nava mató a don Guadalupe Terreros, de Alima, por una cuestión de límites. Anduvo huyendo toda la vida de la justicia y ocultándose, a salto de mata. Pero un día llegó el hijo de Don Lupe, quien desempeñaba un cargo militar o judicial, y buscó venganza, ordenando fusilar a Juvencio, oriundo de Palo de Venado. Juvencio vino con su hijo Justino. Éste no pudo impedir la ejecución de su padre y terminó llevándose el cuerpo a lomo de burro, para llegar a su pueblo, efectuar el velorio y darle sepultura al difunto.

“No, no tengo ganas de ir. Según eso, yo soy tu hijo. Y si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por *afusilarme* a mí también” (Rulfo, 2016: 89). El verbo es “fusilar”, por lo que la preposición sobra; con todo, es del habla popular, hoy día voz arcaica pero posiblemente no cuando Rulfo escribió el cuento o cuando escuchó esta voz gramatical de niño, porque él nació en esa región de Jalisco, muy cerca del Estado de Colima. Gutiérrez dice haber escuchado más: “jusilar”, así con jota.

“Voy pues. Pero si *de perdida me afusilan* a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?” (Rulfo, 2016: 90). “De perdida” es un mexicanismo, adverbio que se refiere a “por lo menos” (Gómez, 2001: 172).

“Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su *acomodo*. Ellos son inocentes. *Ahí se lo haiga* si me los mata” (Rulfo, 2016: 91). “*Ahí se lo haya*” se refiere a “allá usted”. Es la advertencia de que si su interlocutor va más allá, puede haber problemas. Igualmente, ambas son voces del habla popular. Gutiérrez señala que aquí “acomodo” significa “sitio donde se junta el ganado para comer o descansar”.

“Así que *la cosa ya va para viejo*, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está” (Rulfo, 2016: 92). La expresión parece ser de la región, aunque también aparece en otros lugares del país. Se refiere a que pasaron treinta y cinco años de cuando Juvencio mató a Don Lupe.

“Y a los muchachitos se los llevaron lejos, *donde unos parientes*” (Rulfo, 2016: 92). Adverbio de lugar; omite o da por entendido el verbo estar.

“Y yo *echaba pal monte, entreverándome entre* los madroños” (Rulfo, 2016: 92). Expresión que equivale a “encaminarse a”, “dirigirse a”; después hay tautología con el “entre”, ya que el verbo castellano es “entreverar” (Casares, 1984: 342). Gutiérrez agrega que “entreverarse” es también “esconderse”.

“Después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo *tirando de un lado para otro* arrastrado por los sobresaltos” (Rulfo, 2016: 92-93). También, se trata de una expresión popular; “tirar” equivale aquí a “huir”, a “moverse de un sitio a otro”.

“Con aquellas piernas flacas como *sicuas* secas, acalambradas por el miedo de morir” (Rulfo, 2016: 93). Posiblemente equivale a “*secua(s)*”, “planta cucurbitácea de flores grandes en racimo” (Real Academia Española, 2001: s.p.).

“Sus ojos, que se habían *apeñuscado* con los años, venían viendo la tierra” (Rulfo, 2016: 94). Es castellano: “apeñuscar”, “apiñar”, “unir” (Casares, 1984: 61). Los ojos de Julián, con los años, se habían ido vuelto más pequeños.

“Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; solo veía los bultos que se *repegaban* o se separaban de él” (Rulfo, 2016: 95). Gómez pone como mexicanismo “repegarse”: “pegarse mucho” (2001: 196).

“Que *dizque* si conociste a Guadalupe Terreros” (Rulfo, 2016: 96). “Dicen, parece pero es dudoso”. Es mexicanismo (Gómez, 2001: 73).

“Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que *la cosa* de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó” (Rulfo, 2016: 96). Aquí “cosa” tiene otra connotación. No es un objeto ni un asunto. Es nada menos que la vinculación hijo-padre, rota por el crimen de Juvencio. Eso es lo que le reclama el hijo

de Don Lupe: lo que provocó una temprana orfandad.

“¡Mírame, coronel! –pidió él–. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, *derrengado* de viejo. ¡No me mates...!” (Rulfo, 2016: 96). García Hoz dice que “derrengar” es “lastimar gravemente el espinazo o los lomos de una persona (1995: 236). Gutiérrez apunta que “derrengado” es también “doblado”, y agrega que la gente del campo dice más: “redengado”, que “derrengado”.

“Me castigaron de muchos modos. Me he pasado *cosa* de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el *pálpito* de que en cualquier rato me matarían” (Rulfo, 2016: 96-97). Otra vez “cosa”, pero ahora equivale al adverbio “cerca”; “cerca de”. Y “pálpito” es voz popular regional, porque el sustantivo es “palpitación” (Cásares, 1984: 614). Gutiérrez cree que “pálpito” es “miedo”, “temor a ser asesinado”.

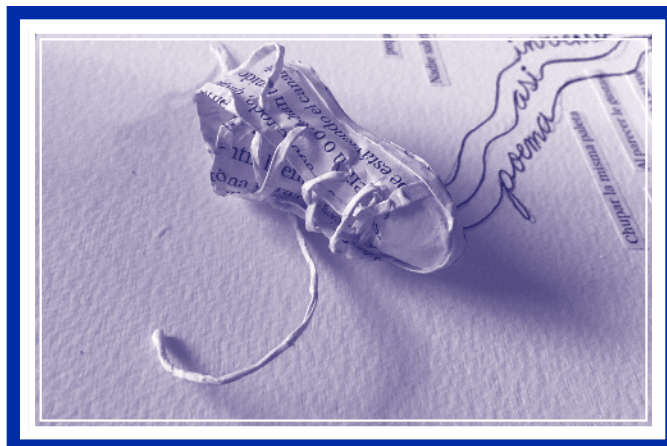
“Lo *apretaló bien apretado* al aparejo para que no fuese a caer por el camino” (Rulfo, 2016: 97). Gutiérrez piensa que “apretalar” viene de “pretal” o cincho con lo que se fija la montura en el animal.

“Y luego *le hizo pelos* al burro y se fueron *arreatados*, de prisa, para llegar a Palo de Venado” (Rulfo, 2016: 97). La expresión “hacer pelos” a una bestia equivale a espolearla, hacer que camine más de prisa, provocar que arranque, torciendo su piel y pelambre en la dirección de los brazos del jinete. Es del habla campesina. Y “arreatados” es alteración lingüística y fónica de “arreatados”: precipitadamente, con violencia (Cásares, 184: 72).

“Se les *afigurará* que te ha comido el coyote” (Rulfo, 2016: 97). Otra vez la “a”, apuesta al verbo.

“NO OYES LADRAR LOS PERROS”

El tercero y último de los cuentos de Rulfo a analizar tiene por temática el diálogo entre un padre airado y un hijo moribundo, que cada vez escucha menos y pide reposo. El padre trata de avivarlo mediante una serie de recursos, pero el herido no reacciona. El padre lleva al hijo a cuestras. Una característica de este cuento es que Rulfo utiliza en algunos parlamentos el tratamiento de usted de padre a hijo, como para marcar su autoridad y para que éste se arrepienta de lo que hizo sufrir a sus progenitores, pero especialmente



a su madre. Se trata de un drama familiar, escrito igualmente utilizando muchas expresiones del habla popular y campesina. Se repite la topografía de occidente. Varias de las voces analizadas vuelven a aparecer en el relato.

“Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba *detrasito* del monte. Y *desde qué horas* que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio” (Rulfo, 2016: 130). “Detrasito”, diminutivo de detrás. “Desde qué horas”, “cuánto hace que”. Habla popular.

“Primero le había dicho: ‘*Apéame* aquí... Déjame aquí... Vete tú solo [...]’. Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía” (Rulfo, 2016: 130). “Apear” es castellano, no mexicanismo, pero es más común utilizar el verbo “bajar” o “dejar”, como lo hace el propio Rulfo a continuación de la voz imperativa.

“Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza *agarrotada* entre las manos de su hijo” (Rulfo, 2016: 131-132). Entumecida, rígida (Casares, 1984: 21).

“Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades” (Rulfo, 2016: 132). Ese plural es regionalismo.

“Lo dije desde que usted andaba *trajinando* por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó encontrarse con usted” (Rulfo, 2016: 132). Se refiere a “andar de un sitio a otro” (Casares, 1984: 827). Gutiérrez agrega que “trajinar” es “andar de arriba para abajo”, pero sin mucho resultado productivo.

EL UNIVERSO NARRATIVO DE RULFO ES UN MUNDO EN EL QUE LAS APARIENCIAS CEDEN SITIO A LAS ESENCIAS, EN EL QUE EL COSTUMBRISMO Y EL FOLKLORE MUEREN PARA DAR VIDA A UNAS CUANTAS RADIOGRAFÍAS QUE TIENEN QUE VER CON EL AMOR Y LA MUERTE, LA SOCIEDAD Y LA INCOMUNICACIÓN, EL FEUDALISMO Y SUS PELIGROS ADYACENTES, LA REFORMA AGRARIA Y SUS ERRORES CONSUSTANCIALES.

“Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías *llenadero*” (Rulfo, 2016: 133). También, voz popular. Gómez lista “llenazón”, “hartazgo ocasionado por la excesiva comida” (2001: 123).

“Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos *retacado* el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos?” (Rulfo, 2016: 133). “Retacado” se refiere a “llenado”.

“Al llegar al primer tejaván se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran *descoyuntado*” (Rulfo, 2016: 134). La palabra es de suma fuerza. El verbo “descoyuntar” es: “desencajar los huesos de su lugar”; los huesos o las coyunturas (Casares, 1984: 276).


CONCLUSIÓN

Luego de la lectura de estos tres cuentos de Rulfo y del análisis de sus expresiones, bien podemos coincidir con Emmanuel Carballo en que:

Tanto él como Arreola cerraban una etapa de nuestras letras y abrían otra, acorde con el tiempo que estábamos viviendo y con la literatura que se escribía por esos años en el mundo [...] El universo narrativo de Rulfo es un mundo en el que las apariencias ceden sitio a las esencias, en el que el costumbrismo y el folklore mueren para dar vida a unas cuantas radiografías que tienen que ver con el amor y la muerte, la sociedad y la incomunicación, el feudalismo y sus peligros adyacentes, la reforma

agraria y sus errores consustanciales. Su obra es algo así como la crónica alucinada de un naufragio, del naufragio de un país, México. (Carballo, 2003: 53 y 535).

En los tres cuentos hay fuerza. También violencia. Reflejan los efectos de la Revolución, la Guerra cristera, el agrarismo. En ellos, como en toda la obra de Rulfo, hay expresiones populares, voces regionales. Está viva la lengua náhuatl, capturada en muchas palabras de ese origen, que se han mezclado con el castellano. Y, si siguiéramos este análisis en *Pedro Páramo*, sería lo mismo o algo semejante.

¿Qué tanto de este lenguaje perdura en esa región de Jalisco y Colima, a la que aludió Rulfo? Solamente un estudio sociolingüístico actual lo podría decir. Por lo pronto, aquí se ha aludido a lo escrito por Rulfo en los años cincuenta, a los 100 años del nacimiento de uno de los narradores más grandes de México, representante de un realismo que, con su novela y cuentos, sacude, emociona y nos hace vibrar una y otra vez. 

Referencias

- Cabrera, L. (1992). *Diccionario de aztequismos*, Segunda edición. Ciudad de México: Colofón.
- Carballo, E. (2003). *Protagonistas de la literatura mexicana*. Ciudad de México: Alfaguara.
- Casares, J. (1984). *Diccionario ideológico de la lengua española*, Segunda edición. Barcelona: Gustavo Gili.
- García Hoz, V. (1995). *Nuevo diccionario escolar etimológico*, Séptima edición. Madrid: Magisterio Español.
- Gómez de Silva, G. (2001). *Diccionario breve de mexicanismos*. Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua y Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez Pérez, G. Comunicación personal. 11 de marzo de 2017.
- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española*, Vigésimo segunda edición. Consultado en dle.rae.es
- Rulfo, J. (2016). *El llano en llamas*. Ciudad de México: Editorial RM.